

TANAKA: UN JAPONES SIN COMPLEJOS

S ABE ser tribuno cuando habla de polución, demagogo cuando promete una botella de leche a cada mujer encinta, buen muchacho cuando se trata de seducir a un europeo. Kakuei Tanaka me recibió en su despacho hace un año: acababa de ser elegido primer ministro. Arrellanado en su sillón, rechoncho, las manos sobre la mesa, respiraba satisfacción y seguridad en sí mismo: más que un judoka flexible y vigoroso, parecía un trampero. En sólo unos meses, Tanaka constituyó su propia facción en el seno del partido liberal demócrata y derrotó a su rival, Fukuda, a quien el anterior primer ministro, Sato, había designado como su delfín. Tanaka consiguió agrupar en torno suyo a todos los hombres de negocios del país. Después de las incitativas de Nixon (devaluación del dólar, viaje a China, etcétera), Japón necesitaba a un hombre fuerte, capaz de hacer frente a Washington y, sobre todo, de ganarse la confianza de Pekín. Tanaka ha sabido estar a la altura de las circunstancias. Ha explotado a fondo los «contactos directos». Dotado de un gran «sentido de las masas», como reconocen hasta sus adversarios, el primer ministro nipón ha multiplicado sus intervenciones en la televisión. En vísperas de su viaje a Pekín, en julio de 1972, el 62 por 100 de los japoneses mostraron su apoyo a ese hombre al que llaman familiarmente Kakusan.

EL «SELF-MADE MAN»

En el Parlamento, al lado de los políticos de rostro apergaminado del partido liberal demócrata, Tanaka es, con sus cincuenta y cinco años, un hombre joven. Tanaka llega como un torbellino de energía y juego abierto a la vida política japonesa, tan rica en «ciudades prohibidas» —como el Keldanren, unión de los patronos nipones—, a cuyos arcanos permanece totalmente ajeno el simple ciudadano. Tanaka no tiene nin-

gún secreto. En el Parlamento se formulan preguntas sobre el dinero que pasa Tanaka regularmente a sus queridas. Pero esto apenas preocupa a los japoneses. Ellos han cifrado en ese «self-made man» que es Tanaka todas sus esperanzas de triunfo social en una sociedad enferma de jerarquía.

El proyecto político de Tanaka es doble. En el plano interior se propone sencillamente rehacer el país. En el exterior, busca a tientas el lugar que podrá ocupar su país en el nuevo concierto de potencias que está naciendo de la diplomacia de Kissinger. Tanaka le propone al japonés medio un titánico proyecto: remodelar el país. Su libro «Proyecto para un remodelamiento del archipiélago nipón» fue el «best-seller» del año pasado: en el infierno ecológico en que se había convertido el Japón, los japoneses creyeron que por fin alguien iba a tomar las riendas del destino del país. Los japoneses depositaron todas sus esperanzas en la desbordante energía del nuevo primer ministro, confiaban en que éste contribuiría a mejorar su vida cotidiana, pero muy pronto se vieron defraudados. Su optimismo ha dejado paso a una gran decepción, cuando no a pura y simple ira. En el espacio de un año, Tanaka dilapidó gran parte del capital de confianza y popularidad con que contaba.

Para remontar la corriente, Tanaka necesita urgentemente apuntarse tantos en política extranjera. Triunfos no le faltan. Cuando llegó al poder el actual primer ministro, dicen sus simpatizantes, la política del Japón era la que le dictaban los americanos. Ahora Japón tiene una política propia. La rápida aproximación a Pekín ha sembrado la inquietud tanto en Washington como en Moscú: inquietud de la que ahora Tanaka trata de aprovecharse. Desde que comenzó el verano, Tanaka está comprometido en una gran ofensiva diplomática. La primera etapa de su viaje por las cumbres fue Washington, a donde llegó a finales de julio.

Aquella primera etapa fue como un preparativo para la última, la



más dura. Para Tanaka es indispensable mantener la alianza con Estados Unidos, por más que este país haya zarandeado al Japón durante estos últimos años: «No se puede salir sin abrigo en invierno», dice el primer ministro refiriéndose a la sombra nuclear norteamericana. A partir de ahí, queda por hacer lo esencial: la definición de las relaciones japonesas con Pekín y Moscú. Lema de Tanaka: equidistancia. Un ejemplo: la diplomacia francesa. París mantiene buenas relaciones con Moscú y Pekín al mismo tiempo. «Para el Japón, el problema es más complicado, dada nuestra situación geográfica, pero no podemos mudarnos de sitio».

RECUPERAR LAS KURILES

Para Pekín se trata de obstaculizar toda tentativa de aproximación entre Tokio y Moscú. Tanaka no piensa comprometer sus relaciones con la China continental, adhiriéndose al proyecto de seguridad colectiva por el que Brejnev lleva abogando en Asia desde 1969. No obstante, Moscú sigue siendo la etapa decisiva de su viaje. Tanaka espera conseguir la devolución de las Kuriles, ocupadas por los soviéticos desde 1945.

¿Qué dice Moscú de todo esto? Para los soviéticos, la puesta en tela de juicio de las fronteras ac-

tuales constituye una auténtica pesadilla.

Tanaka puede esperar como mucho una promesa por parte de Moscú en el sentido de que le serán devueltas las Kuriles al Japón en fecha indeterminada. El primer ministro aprovecharía la ocasión para anunciar la participación japonesa en el programa de desarrollo de Siberia. Es éste un viejo sueño nipón. Pero, ¿cómo hacerlo realidad sin comprometer el otro pilar de la nueva diplomacia nipona: la «entente» con Pekín?

Tanaka cree tener la respuesta: la explotación de Siberia se hará conjuntamente con los Estados Unidos. Tanaka ha sabido ver todas las ventajas que podría sacar el país de esta situación, la conveniencia de un juego tan sutil y tan brutal a un tiempo. Siberia interesa a los patronos japoneses. «De todas formas —dicen en Tokio—, la explotación de Siberia va a realizarse con o sin nosotros. Más vale, pues, que cuenten con nosotros». El astuto Tanaka está de acuerdo. Su proyecto es implantar en Siberia el capital japonés manteniendo, al mismo tiempo, las mejores relaciones con Chu En-lai. Así podrá ofrecerles como regalo a sus partidarios de la gran industria un buen negocio: «Nuestra ventaja sobre los americanos —afirma—, es que podremos participar igualmente en el desarrollo de China». ■ PHILIPPE PONS.